

Catafalco de Felipe II.

**TUMULO LEVANTADO EN LA CATEDRAL DE SEVILLA,
Y SUCESO MUY NOTABLE ACAECIDO EN LAS HONRAS
DE FELIPE II AÑO DE 1598.**

SIEMPRE se señaló Sevilla en los siglos de su engrandecimiento por el fausto con que presentaba al pueblo cualquiera solemnidad religiosa ó profana, correspondiendo de este modo al nombre que gozaba de la primera población de la monarquía; nombre á que por tantos títulos era acreedora, y que con justicia tenía adquirido. Las honras celebradas á la memoria de Felipe II, son un buen testimonio de aquel aserto, y la relación de estas funciones, unas de las mas suntuosas que en esta clase se hicieron en España, figuran en primera línea en los anales sevillanos, tan ricos en acontecimientos de todos géneros de magnificencia, grandeza y poderío.

Los cabildos eclesiásticos y secular entendían siempre en los gastos de estas funciones, acudiendo generalmente el último á los crecidos dispendios que son necesarios para llevar á cabo grandes y colosales proyectos. Así que acordado por el ayuntamiento el levantar un túmulo en la catedral para el día que hiciese la ciudad las honras del difunto monarca, se nombraron las distintas comisiones que habían de entender en tanto como era indispensable para llevar á cabo la empresa, según la estension gigantesca que querían darle. Nombraron al jurado Juan de Oviedo, maestro mayor que era de la ciudad, para que hiciese la traza del túmulo; arquitecto de gran

AÑO VII.

nombre por su saber y pericia en el arte. Ejecutado el diseño y aprobado se pasó inmediatamente á la construcción de la obra, levantándose el túmulo á principios del mes de octubre, bajo de la bóveda que hay entre el coro y la capilla mayor, la mas alta de la catedral; pues era donde se elevaba el cimborio, que se desplomó en el año de 1511.

Componíase el soberbio catafalco de tres cuerpos, el primero dórico, formado de pilastras y columnas en número de diez y seis; había en las entrepilastras nichos con santos y altares, estando repartidos en los intercolumnios y demas sitios de este cuerpo emblemas y geroglíficos, análogos al objeto fúnebre del túmulo. Sobre la cornisa de este primer cuerpo y correspondiente á las columnas, se elevaban pedestales que sostenían diez y seis estatuas. El segundo era jónico, formábanlo ocho columnas istriadadas; en su centro sobre un gran pedestal asentaba la urna fúnebre, cubierta con un rico paño de brocado, grandes almohadones de lo mismo en la cabecera, sobre los cuales estaban la corona y el cetro, la espada desnuda, las manoplas y la celada; á los pies de la urna un león recostado, oprimiendo con sus garras el hasta de la bandera nacional: en los cuatro ángulos de este cuerpo se veían otras tantas pirámides ó obeliscos símbolos de las cuatro esposas que tuvo Felipe II; Doña María de Portugal, Doña María de Inglaterra, Doña Isabel de la Paz y Doña Ana de Alemania. El cuerpo tercero y último era corintio, también con columnas, delante de ellas había estatuas, en el centro estaba la de San Lorenzo, elevada sobre un pedestal, siendo su altura la de 15 pies, y la ejecutó el célebre Juan Martínez Montañez. Remataba el soberbio túmulo con una cúpula ó media na-

5 de junio de 1842.

ranja, sobre ella un globo que servía de base al ave fenix, que con las plumas de su hermoso penacho parecía que tocaba á la altísima bóveda. Había además dos calles formadas de arcos y adornadas de estatuas y escudos de armas, que daban paso al catafalco desde las dos puertas del crucero.

Tanto las galerías como el túmulo estaban contruidos de madera y lienzo, imitando en su pintura á la piedra oscura ó berroqueña; al bronce los filetes de los basamentos, plintos y capiteles, los escudos de armas y todos los adornos. También estaban imitando al dorado los bellos y magníficos candelabros que servían para la iluminación. Las cabezas y manos de las estatuas remedaban al mármol blanco. Las historias, alegorías y emblemas esparcidos por toda la obra estaban pintadas. Se gastaron 15.000 ducados, no entrando en esta suma la cera, cuyo consumo fue de cerca de cinco mil libras, entre las seiscientos veinte y cuatro lucas que iluminaban tan estupenda máquina; y unida aquella suma á la que se repartió entre las comunidades y clérigos en la tarde de la vigilia y día del funeral, se calculó el total gastado en siete mil libras de cera.

Célebres fueron los artistas que se encargaron de esta obra: ya sabemos que al caballero Juan de Oviedo se le debió la bella y hermosísima traza; y restantes manifestar que el autor de los disticos, epitafios y lemas latinos, lo fue el humanista Francisco Pacheco.

Para la parte de pintura se eligieron á los maestros Francisco Pacheco, sobrino del citado, Alonso Vazquez, Basco Perea y Juan de Salcedo; cada cual se hizo cargo de uno de los lados del túmulo, que dejaron á la suerte, y tuvieron de ayudantes á sus mas aventajados discípulos; artistas de mérito en su época, y de los que aun se conservan obras. Las esculturas de mas empeño se encargaron al ya citado Martinez Montañez y al célebre Gaspar Nuñez Delgado, siendo admirables las estatuas que existen en el convento de S. Clemente, debidas á su talento y habilidad: Montañez hizo diez y nueve estatuas y Salcedo las restantes, aunque no dejarían de trabajar sus acreditados discípulos.

Además de los versos latinos esparcidos por el túmulo, había algunos en castellano, y en un M. S. de cosas de Sevilla, de autor anónimo, escrito en el año de 1611 al hablar de este túmulo, dice: "Algunos otros versos se pusieron sueltos, y unos que compuso Miguel de Cervantes, que por ser suyos fue acordado de ponerlos aqui." Esta noticia, hasta ahora desconocida de cuantos han tratado de ilustrar la vida del inmortal escritor, sirve de doble prueba para asegurar que en aquel año vivía aun en Sevilla. Los versos citados, y que copia el autor anónimo, pertenecen al género de todos los de Cervantes; son doce quintillas, llenas de conceptos y sutilezas, con los versos faltos de armonía.

Llegó el día 24 de noviembre del año de 1598, destinado como víspera del 25, en el cual habían de celebrarse las honras con todo aparato y solemnidad posible; entraron á las dos de la tarde todas las órdenes religiosas, el clero reunido con la universidad de beneficiados; después llegó la inquisición, la audiencia y el ayuntamiento, tomando asiento estas corporaciones en la capilla mayor; todos en bancos rasos por ser honras reales; en seguida se cantaron unas solemnes vigilias que duraron hasta las oraciones.

Al día siguiente 25 hubo desde el alba misas en todas las capillas de la catedral; y á la hora señalada para las honras, empezaron á entrar los religiosos y clérigos, y las autoridades ya mencionadas. El tribunal de la inquisición fué el último que llegó, cuando concluido el evangelio de

la misa subía ya al púlpito el predicador Fr. Juan Bernal; al pasar aquel cuerpo para su asiento suspende su marcha, con sorpresa de todos los espectadores; y sin respeto al lugar sagrado, á la celebracion de las honras del monarca, y al sacrificio augusto de la misa, envía en el acto una fuerte notificación al rejente de la audiencia para "que pena de excomunion mayor lata sententiae quitara un paño negro que cubría el banco donde se sentaba." El rejente se opuso abiertamente, y contestó que no lo quitaba. El tribunal pasó adelante con su proceso, y allí mismo declaró escomulgado al rejente; en seguida se mandó suspender la misa, que la decía el arcediano titular, D. Luciano Negrón, y bajó del púlpito el padre. Sucedió esto poco después de las 10 de la mañana; pero como en demandas, respuestas y notificaciones pasaba el tiempo, dispuso el cabildo que pasase el preste á la sacristía para que allí concluyese la misa, y así se hizo. Todos permanecieron sentados; y el rejente, firme en su propósito, hasta que empezó á mediar entre unos y otros D. Francisco de Guzman, marqués del Algaba, y siendo ya las cuatro de la tarde, la inquisición levantó la escomunion al regente, remitiéndose este asunto al consejo de S. M. para su resolucion. Suspendiéndose por este acontecimiento las honras, hasta que viniese la sentencia de la superioridad. Todos los concurrentes se levantaron, marchando en seguida.

Mientras duraba esta suspension, se alzó el pendon por el rey D. Felipe III, que llevaba el citado marqués de la Algaba, ejecutándose aquel acto con todas las solemnes ceremonias propias de él. Se arrojaron al pueblo las medallas de proclamacion, en cuyo anverso tiene el busto del rey y la leyenda: *Philippus III Dei Gratia Hispaniarum rex*; el reverso una matrona que representa la esperanza, coronada de laureles, y este lema: *Spes salutis uosira, S. P. Q. H.* Este día de la proclamacion fue el 30 de noviembre.

Como el túmulo quedase puesto, y la fama de su magnificencia y suntuosidad corriese por todas partes, empezaron á venir á Sevilla de todos los pueblos que la rodean infinidad de personas; esto dió motivo para que Cervantes compusiese aquel soneto, tan conocido como celebrado, y al que él mismo llamaba en el *Viaje al Parnaso*, *honra principal de mis escritos*. Las excelentes prendas en que abunda esta corta composicion, nos obligan á repetirla en este artículo, pues aunque se halle en varios libros, es tal su encanto, que nuestros lectores no dejarán de agradecerlos tan bellísimo recuerdo.

AL TUMULO DEL REY EN SEVILLA.

SONETO.

Voto á Dios que me espanta esta grandeza,
Y que diera un doblon por describilla;
Porque ¿á quien no suspende y maravilla
Esta máquina insigne, esta braveza?
Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale mas que un millon, y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y riqueza!
Apostaré que el ánima del muerto,
Por gozar este sitio, hoy ha dejado
El cielo, de que goza eternamente.
Esto oyó un valenton, y dijo: es cierto
Lo que dice voace, señor soldado,
Y quien dijere lo contrario miente.

Y luego incontinente

Caló el chapeo, requirió la espada,

Miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

En el mes de diciembre vino la resolución del consejo, que ordenaba se celebrasen las honras inmediatamente, y que el rejente quitase el paño negro que colocó en su banco. Aquellas se efectuaron en los días 30 y 31 del citado mes, con lo cual todo quedó concluido.

El ayuntamiento dispuso á pocos días quitar el túmulo, acordando el que se colocasen todas las piezas de él en los salones del alcázar, para que allí se hiciese de todo almoneda, como en efecto se hizo; no quedando ya de esta obra tan insigne mas que la memoria. (1)

J. COLON Y COLON.

LA ASTROLOGÍA Y LOS ASTRÓLOGOS.

*El mentir de las estrellas
es muy seguro mentir;
porque ninguno ha de ir
á preguntárselo á ellas.*

Con perdon del Sr. Quevedo, de quien son los anteriores versos, que no es ya tan fácil como parece el mentir acerca de las estrellas. No, sino contárselo al otro, que tenía tan medida la distancia que hay del cielo á la tierra, que habiéndole metido unos pocos pliegos de papel debajo de la piedra, desde la cual hacia sus observaciones, exclamó luego que se hubo sentado en ella, y dirigido su telescopio: ¡Que el cielo se había rebajado, ó la tierra se había subido una línea hacia el cielo! Bien que sobre este dicho y la palabra *cielo* había mucho que decir.*

Así hablaba D. Celestino Bootes y Osa menor, furioso astrónomo y astrólogo, una tarde en que con anteojo en ristre, paseaba por la huerta de su casa en compañía de su amigo Don Lupercio. Era el D. Celestino hombre de unos 50 años, tabacoso y estrafalario. Siempre había sido furibundo ideólogo y metafísico, y había escrito mas de una resma de papel sobre el comercio del alma con el cuerpo y la armonía prestabilita de Leibnitz. Luego quiso darse visos de anticuario, degeneró en alquimista, y vino á parar en astrólogo. Por otra parte, era supersticioso como una vieja, á pesar de su adhesión á la Enciclopedia, y si encontraba una coja al salir de su casa, no le harían dar un paso fuera de ella, ni aun á palos, porque asimismo sucedía con el célebre astrónomo Tiko Brake. Debilidad de todos los hombres de mediano talento, que principian por remedar las imperfecciones de aquellos, á cuya altura no se pueden elevar.

(1) A pesar de lo que asienta en este último periodo nuestro amigo y colaborador sevillano el Sr. Colon, tenemos la satisfacción de poder ofrecer á nuestros suscritores la vista general de este grandioso catafalco, que vá al frente de este artículo, cuyo dibujo tomamos de una obra de viajes impresa en Amsterdam en 1741. Nuestros lectores podrán juzgar de la exacta correspondencia de la lámina, con la descripción del Sr. Colon.

En el momento á que nos referimos, conversaban los dos amigos sobre la luna que se elevaba sobre el horizonte en todo el lleno de su esplendor. D. Celestino, furioso partidario de los lunicolas ó habitantes de la luna, describía prolíficamente los valles y montañas, los mares y promontorios, y hasta las bondonadas y recodos de aquel planeta. Ya le había enseñado á D. Lupercio, casi con el dedo, los puntos llamados *Gatíleus* y *Erathostenes*, *Promontorium somnii* y *mare nectaris*, y en un arrebatado de entusiasmo principiaba á describir las costumbres de los habitantes de aquel nuevo mundo, y sus alimentos y modo de vivir en aquel país sin atmósfera, segun dicen; y hubiera pasado adelante si D. Lupercio no le hubiera tirado del faldon de la levita, llamándole al orden.

Por fortuna en aquel momento llegó el hortelano, y Don Lupercio, por oír á todos, tuvo la humorada de preguntarle ¿cómo era de grande la luna, á su modo de pensar?

—Yo, señor, no entiendo de eso; pero á mi modo de ver, podrá tener á todo tirar una legua en cuadro.

—¡Que horror! ¡qué blasfemia! gritó el astrólogo, ¡una legua en cuadro ese soberbio satélite, que viene á ser como la quincuagésima quinta parte de la tierra! ¿Cómo quieres hombre sacrilego, que solo tenga esa dimension un planeta, que aparece tan grande á tu vista, á pesar de estar á una distancia, cuando menos de 86.500 leguas, es decir, cuando se halla en su perigeo?

—¿Y qué entiendo yo, señor, de todos esos pejugüeros, ni todas esas filaterias? —

Entre tanto D. Lupercio apenas podía contener su risa, al ver el calor con que D. Celestino trataba de volver por el honor de la luna, y el horror con que había escuchado las palabras del patán. A la verdad, el echar un ignorante á las barbas de un hombre preocupado por una ciencia, es lo mismo que echar alanos á un valiente toro, apenas castigado por los picadores.

Ya se habían separado un buen trecho del hortelano, cuando todavía D. Celestino seguía su declamación sobre la luna, y poco le faltaba para dirigirle una plegaria en desagravio. En vano D. Lupercio, temeroso de que diera un tropezon, le recordó aquellos versos del P. Isla á D. Alfonso el sábio, en el compendio de la Historia de España.

Mientras observa el movimiento al cielo
cada paso un desbarro era en el suelo.

pues D. Celestino con su anteojo en ristre, y con su sombrero cubriendo la retaguardia, apenas escuchaba lo que le decía; aunque con harto sentimiento suyo hubo de acertar D. Lupercio en su pronóstico; pues tropezando el astrólogo en un canto, fue á caer en una hera de lechugas que acababan de regar, trompicando de paso contra un ciruelo, con grave detrimento de su *gnomonfacial*, vulgo la nariz.

Al llegar á casa de D. Celestino encontró toda la familia en la mayor ansiedad, por estar la gata de parto. Don Celestino, sin acordarse de su vestido embarrado y de sus narices rotas, se apoderó del astrolabio, y se dirigió presuroso á donde estaba la parturienta, no para servirla de comadron, sino para observar con toda puntualidad los minutos y segundos en que cada gatillo salía á luz, y las conjunciones de los astros en aquel momento. Todo salió á pedir de boca, y antes de ponerse á cenar, ya cada individuo tenía formado su horóscopo, pronosticando al uno, que moriría de amores, porque caería de un tejado yendo en persecución de una gata; y á otro que perecería á mano airada, porque se le cogería infraganti en una dispensa.

con todo, al que menos le concedió seis años de vida. Pero á la mañana siguiente se encontró con el fracaso de que la gata se había comido cuatro, y que los dos restantes habían perecido sofocados, ó por su débil constitucion, pues eran de aquellos que las criadas llaman veraniegos ó calabacinos.

Algo sonrojado se vió nuestro astrólogo con tan prematuras defunciones, y es muy probable que la pobre gata hubiera muerto en aquel momento á sus manos, á no haberse acordado de que aun no se había cumplido el horóscopo, que le habia hecho dos años antes. Tentado estuvo D. Lupercio á gozarse en la turbacion del astrólogo, pero no quiso hacerlo por no apretar mas la cuerda al ahorcado. Con todo, no pudo menos de aprovechar la ocasion para echarle una indirectilla.

— Sin duda, D. Celestino, que se os escapó alguna influencia oculta al formar los horóscopos.

— Puede ser, porque como le hice de priesa, y ademas no puede uno saber la constelacion que reinaba al tiempo de la generacion, y ademas muchas veces en el cuerpo hay contraindicantes, y ademas.....

— Sí, sí, es cierto.

— Y ahora que digo de contraindicantes, vea V. qué hendidá tenia este la línea de la mortalidad. ¡Qué habia de hacer sino morirse con una raya como esta! ¡Vaya, si yo la hubiese atisbado! y diciendo esto miraba y remiraba las patitas del un difunto.

Vinieron á sacarle de aquella observacion los chasquidos de un látigo y el ruido de unos caballos que pararon en el zaguan de casa del astrólogo. Era un ayuda de cámara del duque de....., que habia venido á pasar la temporada de verano á un pueblo inmediato donde tenia sus haciendas, ganados y yeguada, y enviaba una carta de importancia á D. Celestino. Retiróse este á su despacho, y pocas horas despues envió á llamar á su amigo Lupercio.

— Hé aquí, le dijo apenas entró, una carta del duque mi amigo, hombre de buen humor, y que acude á valerse de mi ciencia, á pesar de que repetidas veces se me ha burlado de ella.—

En efecto, decia en la carta que deseaba formase el horóscopo á un bastardo, hijo de una señorita á quien apreciaba, y que habia nacido pocos dias antes en su casa. A continuacion se estendia en dar las señas puntuales de la hora, minutos y segundos de su nacimiento, sus lunares, y demas pelos y señales.

D. Celestino estaba radiante de alegría, y leyó con toda formalidad el horóscopo que habia formado, en el que decia, que habiendo nacido bajo la influencia de Marte y en el signo de Leo, debería ser de un natural ardiente y violento, temperamento sanguíneo, cuerpo airoso, rostro agraciado, y que si se dedicaba á la milicia haria brillante carrera, y llegaría á general.

— Pero hombre de Barrabás, dijo D. Lupercio, ¿es posible que se atreva V. á sacar un pronóstico á pesar de ser tan ambiguas las señales? ¿y aun cuando fuesen verdaderas esas doce casas que finge en la esfera y tambien sus influencias, cómo quiere V. persuadir, que influya el que está en esta casa y no el que está en aquella?—

Iba á recordarle el horóscopo de los gatos, cuando le contestó D. Celestino:

— ¿No ve V. D. Lupercio, que la astrologia tiene tambien sus estudios preliminares, y sobre todo requiere un poco de gramática..... parda? El interés que se toma el duque da á conocer que ese bastardo es hijo suyo: ahora bien: él es de buena figura, y como ademas *todo lo de contrabando es bonito*, será muy probable que el hijo lo sea tambien. Lo del genio violento y temperamento sanguíneo se puede inferir por otras razones análogas á esta, y lo de la milicia

porque es muy probable le dediquen á ella, y con el favor de su padre no dejará de hacer carrera.

— ¿Y sino le dedican á esa carrera?

— Aun cuando no pensasen en ello, bastaría que se les hiciese esa predicción, para que al punto lo destinasen á la milicia. Quizá no hubiera llegado Neron á ser emperador, si un astrólogo no se lo hubiera vaticinado á su madre Agripina.

— Diga V., y si antes de llegar á general le coge una bala al oficialito, y zás.....

— Hombre, si el cielo se cae, etc....

Poco rato despues ya estaba el horóscopo puesto en limpio, y nuestro astrólogo salió con su pliego en la mano á entregárselo al ayuda de cámara para que lo llevase á la mayor brevedad.

— Y que tal, señor D. Celestino, preguntó el mensajero con aire socarrón: ¿ha salido bien el señorito de oros y copas?

— Perfectamente, amigo; hará carrera por la milicia.

— Como no sea en la artillería.....

— Y lo mismo en cualquier otra arma.

— Es que los machos solo sirven para tirar artillería.

— ¿Pues qué el hijo de esa señorita es algun mulo?

— ¡Ahora salimos con eso! ¿pues no sabe V. que la señorita es una hermosa pollina, á quien el amo designa con ese nombre?

— ¡Qué horror!

El hijo bastardo, nacido en casa del duque y presunto general..... era.... un muleto, ó macho romo.

V. DE LA F.





DESCRIPCION DE LAS ISLAS DE SAN SIMON Y SAN

ANTONIO EN LA RIA DE VIGO

SIGUIENDO el rumbo de la ría de Vigo hacia el E., á 16 millas marítimas de su entrada y á 6 y $\frac{1}{2}$ 10 millas del puerto del mismo nombre, se encuentran dos islas de mediana altura, denominadas de *S. Simon* y *S. Antonio*, que se prolongan en la dirección de N. á S. Ambas son ásperas y escarpadas en casi toda su apariencia exterior, y abundan de canteras de piedra sillar, formando diferentes tajos; pero entre ellas también se descubre algún terreno vegetal.

La isla de *S. Simon* es la mayor, y tiene de largo 906 pies en su mayor línea de N. á S. y 315 de ancho, siendo su circuito en plea-mar de 2070, y por consiguiente puede conceptuarse el rojo de toda ella como de un tercio de milla. Aunque esta isla es peñascosa por el declive de la circunferencia, forma en su cima una verdadera planicie de terreno llano y muy fértil. Así es que en ella se cria mucha y buena yerba que aprovechan los habitantes de las inmediaciones, para pasto de caballerías que conducen embarcadas á la misma isla. También se hallan en ella diversas plantas medicinales, tales son: la centaurea menor, la angelica, vinca-pesvinca, digital purpúrea, el hipericon, gordo lobo, eleboro blanco, solano negro, hinojo, trebol, sauco y otras muy apreciables. Además se descubren allí evidentes indicios de un antiguo plantío, y todavía se encuentran muchísima menta, cantueso, lirio cárdeno, adormidera blanca, mirto oloroso, mostaza y aun la remolacha y algunos rosales ahora incultos y silvestres. De aquí es que en toda aquella isla se percibe un olor muy suave y fragante que despiden las yerbas aromáticas de que abunda. Asimismo se ven en el día las escavaciones y vestigios de los cimientos de un edificio que casi demuestran la configuración que debió tener.

Esta isla tiene á su extremo N. la otra mas pequeña nombrada de *S. Antonio*, de figura al parecer circular, y cuya superficie en su mayor parte está cubierta de enormes canteras, siendo toda ella mas peñascosa y escarpada que la de *S. Simon*. Examinadas las dimensiones de la isleta de San Antonio con separación de aquella, resulta que su longitud es de 342 pies, de 189 su mayor anchura y de 1020 todo el circuito. Ninguna cosa particular se encuentra en esta isla que sea notable, mas que un pozo que se conoce haber sido formado artificialmente: su profundidad será de unos 12 pies y $\frac{1}{2}$ su latitud. También se descubren señales inequívocas de algún edificio ó fábrica que ha existido en la misma isla.

En efecto, los vestigios y ruinas de cimientos que todavía se dejan ver distintamente en una y otra isla, y las varias plantas finas que se hallan con particularidad en la mayor, inducen á creer que ha habido en ellas algún edificio considerable, y por consecuencia que han sido habitadas; y mas lo confirma otro pozo ó algibe que hay hacia la parte del N. de la isla *S. Simon*, construido casi todo tam-

bien artificialmente y en peña viva. Esta cisterna tiene 15 pies de profundidad, consta de 17 escalones, y según el trabajo que se encuentra en su fondo, es de creer que, además concurrese allí algún manantial de agua potable, que acaso podrá conseguirse fácilmente explotando su mina. Con posterioridad al reconocimiento de dichas islas que hice en agosto de 1838, he adquirido algunas noticias sobre sus antigüedades, que acreditan sin dejar la menor duda que ambas han sido habitadas.

La isla de San Simon queda incomunicable y separada enteramente de la isleta de *S. Antonio* durante 7 á 8 horas, porque entre las dos hay una mella por donde pasa el agua en plea-mar, pero en las demas horas del día están unidas por un placer de piedra y arena, y así es que entonces constituyen una sola isla. De lo dicho se infiere que el arte puede sin dificultad hacer en estas islas lo que mejor le acomode para satisfacer el objeto que se proponga: puede aislar é incomunicar completamente la isla mayor de la menor, puede asimismo dejarlas unidas constantemente; y puede también, acabando de separarlas, ponerlas en comunicación siempre y cuando fuere preciso por medio de un puente levadizo.

Situadas estas islas en el interior de la ría, inmediatas á la costa del Este, de donde solo distan dos y medio decimos de milla, y colocadas entre las costas del N. y S., reúnen en sí mismas y á su derredor un conjunto de circunstancias y de objetos de admiración, á la verdad muy raros y sorprendentes. No quisiera que su descripción pareciese exagerada ó acaso una ficción poética; pero la singular posición que ocupan las islas *S. Simon* y *S. Antonio* es tan maravillosa y encantadora, que cuanto se diga de ellas será siempre un reflejo muy pálido. Ciertamente son inexplicables los efectos que experimenta el observador desde los primeros momentos que las contempla. Allí se reproduce una impresión sumamente agradable, al paso que se respira un aire vivificador, y se siente mayor actividad y energía en las funciones digestivas é intelectuales. A propósito debemos hacer mención de que en la villa de Redondela y también en las demas parroquias de la inmediación, es común fama y de antigua tradición, que cualquiera caballería enferma ó estenuada que se traslade á estas islas, se cura muy pronto y nutre completamente sin otro auxilio.

El aspecto que representa el terreno de las tres costas vecinas es muy pintoresco, hermoso y variado. En la del N. se vé una parte de la cordillera ó sierra elevada que constituye la península de Morrazo; y aunque estos montes son ásperos, pedregosos é improductivos en algunos puntos, y se precipitan de golpe casi en tajo sobre la ría; en otros hay abundantes pastos, leña, y en sus faldas deliciosos labradíos y toda clase de producciones iguales á las de los valles mas fértiles. Por entre estas montañas y sus quebradas descienden varios torrentes y algunas cascadas, que riegan las parroquias de aquella costa; y de esta corresponden principalmente á la ensenada que me ocupa, las de *Sun Adrian* y *Santa Cristina de los Cobres*, situada en frente á las mismas islas y á la distancia de milla y media poco mas ó menos.

Las costas de E. y S. son mucho mas amenas y mas férraces. Ambas están pobladas de árboles frutales, de viñedos con mucha abundancia, legumbres y frutos de toda especie. En una palabra, forman un dilatado plantío, una campiña la mas risueña y productiva, pudiendo asegurar con un respetable escritor de nuestros dias (1) es el pais mas fértil y abundante de Galicia.

(1) El Doctor Miñano en su diccionario geográfico-estadístico, tomo IV, pág. 265.

La villa de Redondela se halla en la parte del S. á la distancia de unas dos millas de estas islas; y la deliciosa parroquia de *S. Pedro de cesantes* en la misma costa, está tan inmediata á ellas, que en algunos puntos solo se separa unos tres ó cuatro cables, ó sean decimos de milla. La punta de *Arenas*, que puede decirse corresponde á la costa del E.; todavía se aproxima mas, pues apenas media la distancia de dos y medio cables. El *punto de S. Payo*, que forma el término del extremo oriental de esta ensenada y ría, dista de *S. Simon* 2 y 8/10 millas: este puente proporciona la principal comunicacion de la antigua provincia de Tuy con el arzobispado de Santiago, y el tráfico marítimo en el embarco y desembarco de géneros para el último pueblo y otros puntos del interior del reino.

Como estas islas se hallan internadas y distantes mas de 5 leguas de la entrada de la ría, dentro de las puntas de la grande ensenada descrita en otro lugar de esta obra, están muy abrigadas de los vientos dominantes, y por eso tampoco llegan allí las marejadas, ni se perciben las resacas del flujo y reflujo; y así es que los temporales mas fuertes nunca ofenden á sus inmediatos fondeaderos. Estos tienen ademas la circunstancia de que su fondo es fangoso y limpio, sin restinga ni peñasco alguno; y finalmente su situacion ofrece la mas cómoda y fácil proporcion para hacer aguada, renovar y proveerse de víveres con abundancia. Por todo esto se dice con justa razon, que tal vez no se encontrará en el mundo un punto tan abrigado de igual seguridad, ni que reúna tantas ventajas para las embarcaciones en cualquier estado que vengan.

A menos distancia de un tercio de milla de estas islas pueden fondear los buques de mayor capacidad; y los de mediano porte pueden hacerlo por todas partes al rededor de las mismas, desde medio á un cable de distancia; pero el principal fondeadero es del O. al N. O. de la isla San Simon. El canal que media entre la pequeña isla *S. Adonio* y el islote de *S. Bartolomé* (1) tambien presenta un fondeadero muy considerable por su limpieza y mucha agua.

En la costa del N. está el excelente puerto de los *Cobres*, situado frente á dichas islas, y lo forman las dos parroquias de *S. Adrian* y *Sta. Cristina* del mismo nombre. Este fondeadero es muy hondable, limpio y abrigado de los vientos del primer y cuarto cuadrante, y sirve para toda clase de buques. Hacia los confines de ambas parroquias, ó mas bien en la de *S. Adrian*, el mismo fondeadero tiene una playa muy limpia y acantilada, donde se construyen embarcaciones de mediano porte.

NICOLÁS TABOADA Y LEAL.

(1) A la inmediacion de las islas de *S. Simon* y *S. Antonio*, hay otros dos islotes nombrados *S. Bartolomé* y *S. Norberto*, que con aquellas forman una prolongada linea en direccion de N. á S. Se ha omitido la descripcion de estos dos islotes por considerarla de poco interés en el asunto que nos ocupa.

CRITICA LITERARIA.

FABULAS DE DON RAMON CAMPOAMOR (1).

Los desmedidos elogios que con tanta facilidad se prodigan á las obras literarias que ven por vez primera la luz pública; la dificultad de juzgar con acierto una produccion ajena, y el convencimiento en que estamos de la escasez de nuestras fuerzas, nos han retraido casi siempre de escribir artículos de critica; porque, enemigos de herir susceptibilidades, no sabíamos cómo sentaría nuestra imparcial censura á escritores, que el que mas, y el que menos se ha visto comparado ventajosamente con Byron, Shakespeare, Calderon y otros. Ahora que no tememos que se interpreten nuestras observaciones, porque el Sr. *Campoamor* nos conoce lo bastante para hacernos justicia; vamos á romper nuestro silencio y á emitir nuestra pobre opinion acerca de sus fábulas, con tanta mas confianza, cuanto que la amistad que le profesamos nos autoriza á decirle sin miramientos ni empacho alguno, lo que nuestra conciencia nos inspira.

No seguiremos los diferentes periodos de la fabula desde su origen hasta nuestros dias, porque ademas de creerlo innecesario, no nos lo permiten los estrechos límites del periódico en que escribimos. Bástenos saber que habiendo observado algunos antiguos, como Esopo entre los griegos, y Pilpay entre los indios, que bajo el velo de una ingeniosa ficcion se encerraban en varios cuentos populares verdades útiles y consejos provechosos; se dedicaron á componer otros que pudiesen contribuir, como dice un autor célebre, á divulgar entre el pueblo verdades importantes, máximas saludables, principios de moral, y desengaños oportunos. Hé aquí en pocas palabras el origen y objeto de la fabula. Phedro despues la perfeccionó entre los latinos, y Lafontaine la dió en la vecina Francia aquel carácter de sencillez y filosofía que habian procurado en vano varios fabulistas ingleses y alemanes. Entre nosotros se han distinguido tambien Iriarte y Samaniego, y nadie hasta ahora en España les ha disputado la corona con que supieron ceñir sus frentes. Hoy se levanta el Sr. *Campoamor* á luchar con ellos; y este atrevido pensamiento merece por sí solo fijar la atencion de la critica sobre su obra, á fin de que examinada esta con el severo y detenido análisis que su importancia requiere, se conozcan las fuerzas con que cuente el nuevo atleta, para vencer á tan poderosos contrarios.

Bajo dos diferentes aspectos puede considerarse la fabula; ó bien bajo el pensamiento que en sí encierra, ó bien bajo las formas de que está revestido aquel pensamiento. Este debe de contener una leccion moral, literaria, política ó religiosa; y son requisitos de las formas la unidad en la accion: moralidad nacida de la accion misma: natural-

(1) Se venden á seis reales en las librerías de D. Ignacio Boix, calle de Carretas; de Cuesta, calle Mayor; Gabinete literario, calle del Principe; y en el almacén de papel de D. Victoriano Hernandez, calle del Arenal; á donde se harán los pedidos de las provincias.

dad en el estilo; fluidez y facilidad en la versificación, y brevedad en la narración. Admitidas estas reglas, que son las que unánimemente establecen los preceptistas, con los cuales (y dicho sea de paso) parece que van humanizándose los ardientes apóstoles de la escuela moderna, veamos hasta qué punto ha sabido llenarlos el Sr. *Campoamor*.

Con respecto á la moralidad del pensamiento, no hemos encontrado en sus fábulas ni uno solo que no sea una máxima saludable, capaz de formar el corazón ó ilustrar el entendimiento de los tiernos jóvenes á quienes con especialidad se dedica esta clase de trabajos. Verdades útiles, indisputables, verdades reconocidas universalmente como tales, son casi siempre el tema de las fábulas del Sr. *Campoamor*; pero hemos notado en algunas, aunque pocas, oscuridad en el modo de expresar el pensamiento moral que encierran. Y tanto mas de censura es este defecto, cuanto que estas composiciones deben distinguirse esencialmente por su claridad y sencillez; porque debe tenerse muy en cuenta al escribirlas la clase de lectores á quienes se destinan, y procurar ponerlas al alcance de su capacidad. Verdad es, que apenas pueden presentarse dos ó tres fábulas que adolezcan del defecto que censuramos, como la que el autor titula *el Pastor y el Navío* y algunas otras; pero debemos ser severos con quien ha sabido conquistarse un nombre como el Sr. *Campoamor*, y con un libro que tiene fundadas pretensiones de una justa celebridad, y que nos dá derecho á exigir mucho de su autor. Hemos observado también (y acabaremos con esto la enojosa tarea, que nuestra imparcialidad nos impone de anotar los ligerísimos lunares que oscurecen la recomendable obra que analizamos; hemos observado, decíamos, tres ó cuatro epigramas, como *La justicia en un cuento*, *La inocentada*, *Delirios del amor*, y *La muerte todo lo iguala*, que si bien hacen mucho honor á su autor como tales, no tienen, sin embargo, cómodo asiento entre las fábulas, y están allí como violentos y fuera de su lugar. Pero en cambio de esto tiene el Sr. *Campoamor* fábulas cuyo pensamiento y desempeño pueden competir ventajosamente con las de los mejores fabulistas nacionales y extranjeros. Sentimos en el alma, que las cortas dimensiones que deben tener estos artículos de periódico nos impidan estendernos sobre la novedad, frescura y lozanía con que el joven poeta sabe presentar las máximas mas áridas de moral, y embellecerlas con el mágico encanto de su versificación.

Está tan bien enlazada la moralidad con la acción de la fábula en muchas de ellas, que mas de una vez hemos soltado el libro de la mano para tributar un homenaje de admiración y entusiasmo al poeta que con tanta maestría sabe envolver y revestir con las galas de una sonora y armoniosa versificación, las tristes verdades que no nos atrevemos á mirar cuando están desnudas. Y ya que hemos tocado el punto de la versificación, dejaremos sin esplanar mas nuestras ideas sobre el pensamiento de las fábulas para hablar de sus formas; porque mucho nos aguijonea aquí el deseo de consignar nuestro pobre voto, respecto de las innumerables bellezas que hace brotar la encantada pluma del Señor *Campoamor* cuando escribe versos.

Nada diremos respecto de la brevedad en la narración que recomiendan los preceptistas, porque acaso pequen algunas fábulas de demasiado breves; pero si la naturalidad en el estilo, y la fluidez y facilidad de la versificación, son los requisitos esenciales de este género de escritos, bien puede gloriarse el joven poeta de haber tocado los límites de la perfección posible. Esa difícil facilidad de que tantas veces hace mención nuestro célebre Moratin, es el principal atributo de los versos del Sr. *Campoamor*, y la dulzura que se nota en ellos, la corrección de su estilo, y la naturalidad que les caracteriza, le hacian muy á propósito

para la obra que con tanto acierto ha sabido llevar á cabo. Sin remontarse á las nubes, sin tocar nunca el suelo, parecen su musa á una de esas delicadas mariposas que liban al pasar el cáliz de las flores, sin atreverse á descansar sobre la tierra, por temor de deshacerse el color brillante y tornasolado de sus alas. Asi que, el autor de la obra que nos ocupa, lleva una gran ventaja á *Iriarte* y *Samaniego* en los encantos de la versificación y en las bellezas de las formas, porque la naturalidad de este, peca muchas veces de prosaica y chabacana, y el cuidadoso esmero de aquel de amanerado y frio. Recomendamos por lo tanto esta producción á todos los amantes de la literatura, y con especialidad á los que tienen á su cargo la dirección de la juventud, porque ademas de encontrar en ella verdades útiles y lecciones provechosas, contribuirá á hacerla adquirir buen gusto por la literatura, familiarizándola con los dulces y sonoros versos del Sr. *Campoamor*. Nosotros no podemos menos de facilitarle con toda la sinceridad de nuestro corazón, por el servicio que acaba de prestar á la literatura, y los nuevos laureles que ha logrado conquistarse.

Acabaremos este artículo copiando dos fábulas que hemos cogido al acaso, la una recomendable por lo bien embellido que está el pensamiento moral en ella, y la otra por la belleza de sus formas.

ACUSAR DELITOS PROPIOS.

LA URRACA Y LA GALLINA.

"Qué escándalo!" — en tono fiero una gallina decía,
á una urraca que comía
las flores de un limonero.
— "¿Qué se come, jardinero,
de las de arriba á destajo!"
— "Celebre tu desparrajo"
contestó la urraca altiva.
"¿No he de comer las de arriba
si no has dejado una abajo?"

AMAR POR LAS APARIENCIAS.

EL ALCORNOQUE Y LA ENREDADERA.

Nació una enredadera
al pie de un alcornoque descarnado:
vistióle de manera,
que fue en la primavera,
siendo un bodego ruin, blason del prado.
Como propios primores
lucía el corcho vil agenas galas;
siendo con tantas flores
embidia de pastores,
y blanco del amor de las zagalas.
— ¡Oh qué árbol tan florido,
decían, qué gentil, qué primoroso!
Elogio merecido,
pues, gracias al vestido,
por Dios que el alcornoque estaba hermoso.

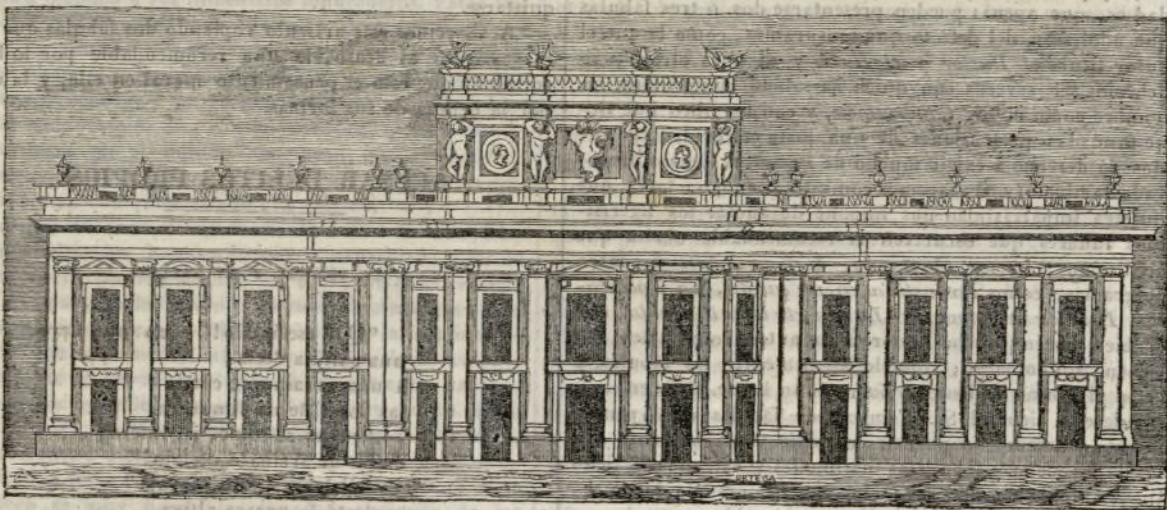
Mas llegaron sin cuento
las ráfagas sonoras,
y soplando violento
dejó alcornoque el viento
al que el ídolo fue de las pastoras.
¡Cuántas de esta manera,
Eleiriz, adoran á un galán bodoque,
y hasta que el aura fiera

lleva la enredadera,
y así en el estío; habida y habida
no advierten que han amado á un alcornoque!

Véase por estas muestras, si hemos sido apasionados en
nuestros elogios, ó si por el contrario por aparecer dema-
siado imparciales, hemos sido injustos.

AGUSTIN DE ALFARO Y GODINEZ.

ESPAÑA PINTORESCA.



Vista del Palacio de la Granja.

ADVERTENCIA.

El jueves 2 de junio se ha repartido la entrega 13.^a (1.^a del tomo 4.^o), de la obra titulada *ESCENAS MARI-
TENSES*, por el *Curioso Parlante*, y comprende los ar-
tículos siguientes:

Las sillas del Prado; costumbres charlamentarias.
— *De tejas arriba.* — *El teatro por fuera.* Acompaña
una lámina al artículo *De tejas arriba*.

Sigue abierta la suscripción á esta obra (que quedará
concluida en el presente mes) á 4 reales entrega y 16
por tomos, en Madrid en las librerías de Cuesta, Rios
y Europea; y en las provincias á 20 reales tomo franco
de porte. Los suscritores al *Semanario* abonarán solo
quince entregas recibiendo gratis las restantes. Cerra-

da que sea la suscripción, el precio de los cuatro tomos en
Madrid será 70 reales.

ERRATAS EN EL NUMERO ANTERIOR.

Página 172, línea 18, donde dice: ("quizá sea el del Cas-
tañar que está mas próximo") debe decir: "según otros en
el del Castañar, ó quizá sea en el de Torrelaguna, que está
mas próximo."

Página 174. — La viñeta que dice "Miñon aragonés"
debe decir *Escopetero de Castilla*.

Página 176, epigramas, donde dice: "si el imitar á Na-
son" léase "si el imitar á Maron."

MADRID: IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN E HIJOS.